

PARA TI AMOR MÍO

Cuando nos casamos en Berlín, hoy hace treinta y ocho años, completé mi vida que estaba trunca. Entonces definí y estilicé mi destino haciendo de nuestro hogar el remanso de una existencia batalladora. Porque sólo tú lograste, que después de luchar durante años por la libertad de la patria, recostara mi cansera en la paz de tu amor que siempre fue símbolo de fe ardiente en mis propósitos y el mejor premio de mis victorias.

Nunca dudé de mí mismo, es cierto, porque la buena estrella de mi madre iluminó mis senderos que caminaba, llevándome de la mano, con su espíritu optimista, a las metas que yo aspiraba como mexicano y como amante de la belleza y del derecho. Pero mi vida, no obstante, sentíase incompleta. No tenía a mi vera las retinas en quien mirar el reflejo de mis venturas ni su mar de ternezas para bañarme de serenidad. Me faltaba un aliento que me llegase de fuera; distinto del paternal, diferente del amistoso; sentíame ayuno de la afección amorosa de una mujer inmaculada en quien yo tuviese fe profunda y confianza perenne que fuera al propio tiempo impulso de mi corazón y potencia en mi voluntad.”

Amoríos no me faltaron; los deleitosos que impregnaron mis años juveniles con las euforias pasionales propias de mi maciza varonía; pero cada vez, en mi largo y grato peregrinar por el mundo, sentí la imperiosa necesidad de enraizar alma y cuerpo en el reposo de una mutua adoración conyugal que fuese guía y paz de mi existir. Y esa adoración la encontré en ti, ese amor-confianza, ese amor-fuerza, ese amor-luz que no tiene par, que es único en su grandeza y en su ternura maternal y filial, de mujer y de niña, de amante y de hermana de la caridad.

Ese amor multiforme me lo diste tú, es hijo tuyo, tanto como

mío; nació en tus divinas manos de Madona, en tu mirar de dulzores misericordiosos; en el acento de tus vocablos y en las siempre discretas y sustanciosas ideas de tu lúcido cerebro.

Ya comprenderás dueña y señora mía lo que yo te debo, al apreciar, en sus largos alcances, la significación de tu vida en mi vida, pudiendo afirmar con el Ecclesiastés que, "el que se casa con mujer buena duplica su vida". Yo no sólo la dupliqué haciéndola más útil, sino la embellecí con tu cariño, ennobleciéndola con tu compañía y dándole prepotencia con tus consejos...

...Pero algo más estrechó nuestro espíritu de manera indisoluble: los libros. Ellos fueron deleite de nuestras horas calmas, sosiego de las amargas y alimento de nuestra cultura. Por eso hemos sido tan venturosos en los ámbitos de encantamiento de nuestra Casa del Risco; porque en su pletórica biblioteca tú encontrabas las ideas y emociones de los grandes maestros que te hablan en las lenguas que son tu fastuoso tesoro: el inglés, el alemán, el francés y el español; en tanto que yo me pasaba mis horas trémulas leyendo los clásicos castellanos que me enseñaron a escribir en el idioma señorial de don Miguel de Cervantes, mi maestro de la palabra, por antonomasia; o con mis ensayistas franceses que me abrieron de par en par las puertas del pensamiento profundo, sutil y aligero del alma latina que ha sido y es el sustento de mi pluma;...

...Era el año de 1921. Acabábamos de llegar a México. Nos habíamos casado el año anterior, el 12 de julio, cuando aún era yo Ministro Plenipotenciario de nuestro país en Alemania. Entregué la Legación el mismo día de la boda a la que asistió el cuerpo diplomático acreditado en Berlín. En luna de miel paseamos por el encastillado y legendario Rhin, visitando Coblenz, Francfort, el universitario y boscoso Heidelberg donde reina la sabiduría; Munich y Colonia, para llegar a Francia. A Francia, el panal y el "jardín de la civilización europea", el corazón imperial del mundo latino. Anhelaba tornar a París, a ver su luz de encantamiento; a recibir la gracia de su gracia, la armonía de su alma; a aspirar el "olor de su belleza" y sentir de cerca la inteligencia francesa, la más fina del género humano. En el divino París preparamos nuestro viaje de retorno a la patria.

Cuando mis queridísimos paisanos se enteraron de nuestro arribo a México, previa invitación que acepté jubiloso, nos recibieron en Atlacomulco con un entusiasmo apoteótico.

Desde la estación del ferrocarril hasta la entrada del pueblo, una doble valla de aproximadamente quinientos charros, vestidos con sus mejores atuendos nacionales, y el alma de fiesta, nos dieron la bienvenida sombrero en mano, lanzándonos vivas, estentóreos y repetidos, a nuestro paso; escoltándonos después hasta la entrada de la Villa que hoy se llama, por bondad de mis conterráneos, "Atlacomulco de Fabela"...

...Por estos andurriales, te decía, me siento transportado a los días ensoñadores de mi niñez cuando azotaba sus empedrados o lodozos vericuetos llevando en los labios las más granadas sonrisas y en ingenua lozanía la dicha de vivir.

Cómo me solazaba caminando entre los solares pueblerinos, a las veces solo o con el buen Catarino, el mozo de estribo de mi padre, que me cuidaba y seguía en la gratísima compañía de "Leal", el perro lanudo, negro y blanco, que fue el primero que me enseñó lo que es la verdadera fidelidad. "Leal" era mi sombra, mi mejor juguete, mi indispensable camarada de correrías, mi servidor más obsecuente, y, sin yo saberlo todavía a derechas, el óptimo amigo mío. Con "Leal" iba a "Las Fuentes", de escapada, porque dados mis pocos años no me permitían mis padres ir tan lejos sin la vigilancia acuciosa de Catarino. Pero aprovechando cualquier circunstancia propicia por ahí me iba, con el mayor sigilo, colina abajo, hasta mirarme en las límpidas aguas de aquella fontana natural que sombreaban los más corpulentos sabinos, cuyas frondas se espejeaban en su cristal en el que vi retratada mi breve existencia, innúmeras veces que me parecían de embrujo.

—Vámonos "Leal", le decía en mis prontos asustadizos a mi dilecto amigo; —vámonos corriendo antes que mamacita me busque y no me encuentre—. Y el can desalado me ganaba en la subida fatigosa, esperándome de trecho en trecho como diciéndome con sus ojos brilladores y en son de ténura burlona: —¿Qué pasa con el niño flojón que ya no corre? —Y yo le respondía jadeante: —Es que ya no puedo caminar más de prisa "Leal", la subida está muy empinada. —Y él parecía replicarme, ansioso: —Anda, niño, apúrate que allá arriba ya podrás correr tanto como yo—. Y así era pues llegando al *plan*, la pareja inseparable se escurría a las callandas por el zahuán inmenso, para meterse a hurtadillas hasta las caballerizas, zahurdas o graneros de la casona solariega para fingir que ahí estábamos de tiempo atrás y no por las afueras en

las encrucijadas o paseos que me estaban prohibidos... ¡Cómo me retozaba la alegría en aquellas escapatorias en que me atracaba de vida libre y gozadora que se metió para siempre en los aposentos de la memoria!

Hasta que como remate y colofón de nuestros líricos pasos por aquellas rúas aldeanas, te llevé de la mano a la vetusta casona que fuera para mí, hogar, templo y nido donde mi madre me regaló este don de maravilla que es mi existencia a la que estoy asido con apego idolátrico. A la sobredicha mansión llegué como sobrecoigido por un sentimiento semejante al que de fijo experimentan los romeros que pisan Tierra Santa.

El soportal sosteniendo su ancho y largo alero con esbeltas y finas columnitas de cedro, estaba igual, lo mismo que los bajos balcones que miran a la plaza. El inmenso zahuán por donde otrora irrumpiera el espacioso guayín familiar, así como los atajos, piaras y caballerías rumbo a los patios interiores, no habían cambiado de aspecto, salvo el natural maltrato de su vetustez. La entrada, el jardincillo y los tres corredores que lo abrazaban con sus pretils cubiertos de tiestos de geranios que asomaban sus caritas sonrientes y burlonas al balcón de sus macetas, parecíanme los mismos que dejé al partir.

En la sala nos esperaba la tía Josefita Vélez, descendiente de mi abuela paterna doña Dolores Vélez. Mi tía era a la sazón dueña de aquella finca como heredera de mi tío Antonio Vélez, su hermano, a quien mi padre vendió esa propiedad amoblada casi tal y como estuviera cuando decidió dejar el pueblo para proveer a nuestra educación, de mis hermanos y mía, en la capital federal, allá por el 1889...

...Encontré la sala con su mismo ajuar "victoria" aforrado de brocado rosa y blanco; las mismas consolas negras con sus arbotantes dorados; igual el candil y alfombra así como aquellos grabados franceses con sus marcos dorados auténticos, traídos de Europa, que lucían en los sitios donde mis padres quisieron colocarlos al marcharnos a México. Sólo extrañé en aquel salón de recibo, la falta de los retratos de los parientes íntimos, que eran como las hojas del árbol genealógico de la familia; y lo principal de todo, el piano de cola Steinway que fue el depositario del talento musical de la matrona de aquel relicario del arte y del amor hogareño. En el comedor, que tenía su mismo ajuar amarillo muy

gustoso de ver, faltaban también, en las grandes pajareras incrustadas en los muros, dando vista afuera y adentro de la pieza, los cincuenta canarios que siendo el encanto de mi madre y la alegría de toda la casa con sus parlerías, eran la música cantarina que animaba con sus gorjeos mi siempre riente casa solariega.

A la recámara de mis padres, donde nací, llegué con la unción venerativa que se guarda por los sitios sacrosantos. Era tanta mi emoción que hubiese querido estar sólo contigo para mirar las paredes de aquella alcoba tras el caleidoscopio irisado de mis ojos, cuyos cristales de agua se me estaban quebrando.

‘La tía Josefina rompió el silencio imponente de nuestras almas para contarnos una historia que concierne al pueblo de Atacomulco y a aquella finca que construyera mi abuelo don Isidro Fabela.

—Yo no sé si tú sabes, Isidro —me dijo mi respetada tía—, que en esta misma casa, en esta recámara y en ese lecho donde yo duermo ahora, nacieron también otros sobrinos míos que lo son también tuyos, que tienen nuestra sangre y que yo quiero como se quiere a los nietos. Ellos son: Alfredo del Mazo, hijo de mi querida sobrina Mercedes, y el padre vicario Arturo Vélez, a quien acompaño siempre que puedo en los curatos en cuya jurisdicción eclesiástica predica la religión de nuestro Señor Jesucristo. Por los dos guardo un verdadero amor materno y entrambos me corresponden con su cariño filial que es el consuelo de mi solitaria y triste vida que se va acabando.

(Aquellos varones prominentes de nuestra común provincia, habían de llegar a ser, con el correr del tiempo, el primero, Alfredo del Mazo, a quien yo iniciara en la vida pública del Estado en la que demostró relevantes cualidades administrativas y políticas, mi sucesor como primer mandatario de nuestra entidad federativa y ahora Senador de la República; y mi sobrino Arturo, el Primer Obispo de Toluca, que ha sabido conquistar con su pulquerrima conducta y su dinamismo incansable y constructivo, el amor y el respeto de sus feligreses a quienes conduce por los rectos caminos del patriotismo y la piedad cristiana).

Aquí tienen pues su casa, terminó la tía Josefina al darnos la despedida, pudiendo asegurarles que nada me daría tanto gusto como tenerlos conmigo cuantos días quisieran. No lo olvides, Isidro, los espero. ¡Ah! y te felicito; tienes una mujer encantadora.

Por ti mi Josefina, y por mí, besé la mano de aquella santa y así abandoné el solar de mis mayores, llevando en el alma una dulce tristura y al propio tiempo la dicha de que pusieras tus plantas y tus ojos en aquella morada que habiendo dejado de ser patrimonio familiar, al cabo de no muchos años, tornó a ser mía por las circunstancias que quiero recordar contigo y con cuyo relato pongo punto final a este capítulo que te pertenece todo entero, no sólo por su título, sino principalmente por su entraña, que está inspirada en el devotísimo amor que te guardo y que es el más opulento tesoro que poseo. . .

(Fragmento del último capítulo del libro

Pueblecito Mío)

Cuadernos del Estado de México. Toluca, Mex., 1958